

En 1238. El caballero Gilon de Cuisi da por testamento á los Templarios de Soisi, dos arpants (1) de tierra, y otros dos á los Hospitalarios de Monte ibron Diócesis de Meaux (2).

(1) En el original del Sr. Bruguera está escrita así esta palabra, que creemos debe decir *arpents*, fanega francesa de tierra equivalente cada una á media de Toledo.

(2) Hist. de la Igra de Meaux pag. 110.



CAPITULO XIV.

Eleccion del Gran Maestre.—Cruzada de San Luis, rey de Francia.—Glorioso combate.—Entrada en Damietta.—Muerte del sultan de Egipto.—Brillante triunfo.—Arrebato é imprudencia del conde de Artois.—Desastre de Mautorath.—El Maestre del Hospital cae prisionero, el del Temple pierde un ojo, y muere en la batalla siguiente.—S. Luis y los jefes superiores cautivos del musulman, quedando destrizado el ejército cristiano.—Tregua de diez años.—Rescate del rey y demás cautivos.

1247.

BEPUESTA un poco la Orden del Temple con la llegada de algunos Comendadores y Caballeros, que con urgencia habian acudido de diferentes puntos de Europa, en atencion á los tristes acontecimientos ocurridos en la Palestina, el capítulo general deliberó elegir en propiedad á su Gran Maestre, substituyendo al interino, que mereció un voto de gracias de su gobierno, y fué elevado al Maestrazgo, Fr. Guillermo de Sonnac caballero encanecido y lleno de méritos, conocido en la historia por su prudencia, costumbres irreprehensibles y celoso observador de la Regla del Instituto.

Este Gran Maestre de concierto con Fr. Pedro de Villabride Gran Maestre del Hospital, envió el año siguiente por medio de un Templario muy respetable, al rey de Inglaterra, una porcion de la sangre de nuestro Se-

ñor, contenida en un magnífico vaso de cristal, con las correspondientes auténticas del Patriarca, obispos, abades y señores de la Tierra Santa. Al recibirla el rey de Inglaterra convocó en Londres á los grandes del Reino, para comunicarles tan apreciable regalo, y queriendo imitar lo que habia practicado san Luis, honrando aquella porcion de la verdadera cruz, ayunó á pan y agua la vigilia y el día de la traslacion, de san Eduardo que habia elegido para llevar con solemnidad aquella reliquia desde la iglesia de san Pablo á la de Westminster á la cual la habia concedido. El obispo de Norvic celebró de pontifical y predicó, diciendo que se habia confiado aquel tesoro á Inglaterra con el fin de tenerse más seguro que en Siria, declarando en nombre de todos los Prelados, allí presentes, concedia seis años y ciento cuarenta dias de indulgencia á todos los fieles que visitaran y adoraran aquella preciosa sangre (1).

Mientras que la mayor parte de los fieles veneraban el sagrado tesoro, no faltaron algunos que con sus gestos y movimientos indicaban claramente la duda que tenian de la verdad de la reliquia, y, observándolo el Templario, les apostrofó delante de los Obispos y dijo: «Hablad, señores, y decidnos sobre que fundais vuestras dudas. ¿Tal vez imagináis que por este regalo os pediremos alguna recompensa proporcionada á su inestimable valor? persuadíds que ningun Templario ni Hospitalario, ni el que os la ha traído, recibirá ni del Rey, ni del Estado ni de nadie ningun regalo sea de la naturaleza que fuere. Por lo tanto ¿es creible que tantos Obispos y personas de probidad se hayan reunido para testimoniar de una manera tan auténtica una cosa dudosa? ¿Podria suponerseles tanta mala fe, confirmando una falsedad por medio de sus sellos?»

Sin embargo, como la incredulidad es siempre artificiosa, no se aquietaron por esto, y algunos de los asistentes inquietos sobre la verdad del hecho, se preguntaban como podia ser, habiendo Jesucristo resucitado todo entero, que hubiese podido dejar de su sangre sobre la tierra; para contestar á esta objecion, el Obispo de Lincoln improvisó un discurso que Mateo de Paris insertó en sus apéndices.

Se concibe facilmente que José de Arimatea, Nicodemus, San Juan Santa Magdalena, etc. que descendieron de la Cruz al Salvador, que le limpiaron segun la costumbre y usó de los judíos, que le embalsamaron, envolvieron, y colocaron en el Sepulcro, pudieron recoger no solamente los lienzos teñidos de sangre, si no tambien la tierra regada con ella, y el agua con la cual habian lavado su sagrado cuerpo, y podian muy bien haberse conservado tan preciosas reliquias. Sin embargo, lo más interesante, y al propio tiempo lo más difícil seria demostrar como todas estas

(1) Mat. de Paris año 12.7, pag. 737, y apéndice pág. 141.

reliquias se habian conservado durante 1,200 años, y habian podido llegar al Patriarca Roberto (1).

Durante dos años la Francia se preparaba para la expedicion á Palestina, y su rey san Luis despues de tener arreglados los asuntos del Estado asegurado la paz general en sus fronteras, nombrado á su madre doña Blanca regente del Reino, durante su ausencia, pasó á san Dionisio el 12 de junio de 1248, acompañado de Roberto, conde de Artois, y Carlos de Anjou sus hermanos, donde recibió de Eudes de Chateauroux, legado del Papa, el oriflama que era el estandarte real, en forma de bandera, la bolsa y el bordon, segun se practicaba con los peregrinos.

Preparada la expedicion, se embarcó el rey el 28 de agosto, en Aigues mortes, con sus hermanos, menos Alfonso conde de Poitiers, que quedó al lado de su madre. Iban en el séquito del rey Renaldo de Vichiers, Preceptor entonces de Francia, despues Mariscal del Temple y últimamente Gran Maestre, con algunos Templarios.

Llegó la cruzada á la rada de Limiso, (Chipre) el 17 de setiembre, siendo recibido san Luis por Enrique de Lusignan, rey de aquella isla, á quien el Papa para castigo del emperador, y de su hijo Conrado le habia conferido el título de rey de Jerusalem en virtud de los derechos de su madre la reina Alix.

El celo del rey de Francia le impacientaba para entrar luego en campaña, y tuvo un consejo de guerra en el cual se hicieron algunas observaciones por jefes ya experimentados en anteriores cruzadas, aconsejando que no era conveniente permanecer mucho tiempo en Chipre para no esponer su real persona y ejército á las incomodidades del país, donde las aguas y aire eran igualmente dañinos á los extranjeros; que el Egipto ofrecia conquistas fáciles, y abundancia de víveres. No obstante el rey por de pronto no podia seguir este dictámen, por cuanto no habia llegado aun todo el ejército, y tambien por aguardar al rey de Chipre que se ofrecia seguirle en la campaña; pero era indispensable darle tiempo bastante para prepararse; por lo tanto, se resolvió empezar las operaciones en la primavera de 1249.

El rey entre tanto empleó útilmente su estancia en Chipre para examinar y apaciguar las divisiones que habia entre algunos príncipes Orientales, amortiguar el espíritu de ellos que se conservaba entre las dos Ordenes, y terminando las discordias que mediaban entre Haiton, rey de la pequeña Armenia y Boemuudo V, príncipe de Antioquía y Trípoli, pasáronse en la inaccion ocho meses, tiempo bastante para que los sultanes que al principio se hallaban divididos, pudieran entenderse y juntos

(1) Hist. Euta, lib. 82.

hacer frente á los cristianos. Durante la permanencia de S. Luis en Chipre el Gran Maestre del Temple, escribió dos veces al rey para advertirle que el Sultán del Cairo se aproximaba á Gaza al frente de un ejército sarraceno, con el objeto de unirse con el Sultán de Damasco y de Alepo, temiendo intentasen poner sitio á Cesarea ó á Jaffa; en segundo lugar le anunciaba que un Emir de Melec-Ayub le había ido á encontrar, pero sin carta ni comision de su soberano, como decia el Emir, más solamente para sondear las disposiciones del Rey de Francia, y asegurar que se deseaba vivir en paz con él (1).

Los enemigos del Temple hicieron circular el rumor de que si el Sultán había enviado aquel Emir, había sido á solicitud del Gran Maestre, «es una cosa inaudita, se decia por los detractores, que nosotros hayamos sido jamás los primeros en hablar de treguas. Si el Maestre del Temple ha sugerido la proposicion, perjudica nuestros intereses, dando que pensar, que desconfiamos de nuestras fuerzas.» Estas habladurias y discursos disgustaron de tal manera al rey, que escribió inmediatamente á Sonnac prohibiéndole de allí en adelante recibir, ni escuchar semejantes deputaciones sin una orden expresa de su parte.

La calumnia llegó mas allá, divulgando que el Gran Maestre de Sonnac tenía inteligencias secretas con el sultán, y para tener una amistad más estrecha se habían sangrado con un mismo instrumento. Sabiendo la manera ultrajante como Malec-Ayub, había recibido á los diputados del Temple que solicitaban el rescate de sus prisioneros, estas acusaciones caen por sí mismas. En efecto, ¿qué apariencia hay de verdad en que este sultán que acababa de rechazar con tanta altivez los ofrecimientos que se le hacian por la libertad de los caballeros, hubiera tan pronto hecho una alianza tan íntima con el Gran Maestre, valiéndose de su medio para tratar de la paz?

Lo más positivo es que los Templarios y demás encargados de la defensa de los orientales, hubieran preferido no se rompiese la tregua, ni irritado á un vecino peligroso, y enemigo terrible bajo el pretexto de una nueva cruzada, que como la mayor parte de ellas, despues de ligeros esfuerzos, de consecuencias efímeras y mezquinas abandonaron la Palestina, volviéndose al país de donde habían salido, dejando el peso de la guerra para sostenerla, á las dos Ordenes y á los desgraciados restos de los cristianos latinos que habitaban la Tierra Santa (2).

El rey no atendió á las representaciones del Gran Maestre del Temple y dió la orden de embarque para fin de mayo, habiendo antes declarado

(1) Spicilegsi Dacheriani, tom. 7, pág. 214.

(2) Hist. de Malta lib. 3.

la guerra al sultán de Egipto. El rey se embarcó con la reina, su esposa, la condesa de Anjou, el rey de Chipre, Roberto y Carlos, hermanos de San Luis, el Legado y todas las personas de distincion. El día de la Santísima Trinidad de 1249, la flota salió de Limiso, y en seis días se presentó delante de Damietta. Los dos Grandes Maestres Fr. Guillermo de Sonnac del Temple, y Fr. Pedro de Villebride del Hospital con sus respectivas fuerzas le siguieron.

El cuerpo de desembarco se componía solamente de 2,800 caballos, la infantería era poco numerosa: las dos Ordenes formaban unos 1,000 caballeros: la flota abordó hasta la orilla que el enemigo tenía ocupada con sus tropas formadas, para impedir el desembarque; no obstante, sin aguardar el resto de la flota, se intentó desembarcar. San Luis, arrebatado por su celo y su valor, se echa al agua espada en mano, y, seguido de la nobleza y soldados, con intrepidez sorprendente á pesar de tener el agua hasta la cintura, atacó á los egipcios al través de una lluvia de dardos; pero el ataque fué tan impetuoso y con tal resolucion, que dió por resultado rechazar al enemigo hasta las puertas de la ciudad, y entrando éste lleno de espanto, esparció la consternacion entre los habitantes, y aunque esta plaza era considerada como la más fuerte del Egipto, la guarnicion la abandonó durante la noche. Los habitantes, cargados con lo más precioso que tenían, salieron también buscando un asilo en el alto Egipto. Luego corrió la voz en el ejército cristiano del abandono de la ciudad, y dos esclavos de los infieles confirmaron la noticia á las ocho de la mañana. El rey, despues de tomadas las precauciones necesarias, hizo explorar por fuertes destacamentos las avenidas de la ciudad y cerciorado de la verdad, entró á la cabeza del ejército. El Legado purificó la principal Mezquita y se cantó un solemne *Te Deum*.

La Reina, el Legado, Patriarca y Obispos fijaron su residencia en Damietta; entre tanto el ejército se aumentaba de día en día con la llegada de las fuerzas que desembarcaban, y al cabo de poco formaba un efectivo de más de 60,000 hombres, entre los cuales había 20,000 caballos. No se necesitaba tanto ejército para conquistar todo el Egipto, sino la indocilidad y precipitacion del conde de Artois que comprometió todo el ejército, y fué la causa de un desastre el más espantoso, como veremos luego.

Los dos Grandes Maestres á quienes la noticia de este acontecimiento les parecía increíble, se apresuraron á acudir al campamento, creyendo apenas lo que veían con sus ojos.

El Gran Maestre del Temple envió una carta á Fr. Roberto de Stanfort, Preceptor de Inglaterra, en la cual le referia este suceso en los términos siguientes. «Grandes y felices noticias; sabed que el viérnes siguiente al Domingo de la Trinidad, Luis, ilustre Rey de Francia, llegó afortunadamente al puerto de Damietta con su flota; el sábado inmediato, despues de

haber rechazado á gran número de infieles, desembarcó y acampó en la orilla con todo el ejército, sin perder más que un hombre; el domingo siguiente, á las tres, entró en la ciudad, apoderándose de ella por su sola autoridad, poniendo en fuga y haciendo desaparecer todas las fuerzas enemigas, de suerte que es menos por nuestro valor que por un prodigio del cielo, si somos en este momento dueños de Damietta; sabed tambien que el Señor Rey está resuelto someter todo el país, y libertar á nuestros hermanos, asi como los demás cautivos, y vá, con la ayuda de Dios, á dirigir su marcha contra Alejandria ó contra Babilonia» (1).

El Rey, temiendo el desbordamiento del Nilo, instruido de las desgracias que la obstinacion del Legado Pelagio habia causado al ejército de S. Juan de Brienne y á los cruzados, resolvió pasar el verano en Damietta; donde el ejército se entregó á los placeres, á la disipacion y desórdenes, á pesar de las sabias y prudentes precauciones tomadas por S. Luis.

Alfonso de Poitiers, hermano del Rey, se embarcó el 26 de agosto con la princesa Juana su esposa, hija única de Raymundo conde de Tolosa, llegando á Damietta dos meses despues, al frente de un respetable socorro, que Joinville, llama en su historia, los nobles de Francia. Su llegada aumentó el ardor y la confianza del Rey.

El sultan de Egipto Malec-Ayub, estaba acampado delante de Emesa, cuando supo los progresos y victoria de los cristianos: inmediatamente levantó el campo, retirándose á sus estados y al llegar á Mausourah hubo de amputársele una pierna que se le gangrenaba; en esta ocasion llegaron los fugitivos de Damietta, y los jefes le refirieron lo acontecido, tratando de justificar su proceder; pero, no satisfaciéndole las razones, mandó colgar á más de 54 emires que mandaban la guarnicion en Damietta, cuyo castigo fué ejecutado al momento, para escarmiento de los cobardes. A la mañana inmediata, ó mejor dicho, por la noche, murió el sultan, dejando por sucesor á su hijo, que entonces se hallaba en Mesopotamia. Mientras se aguardaba su venida, el emir Fakareddin se encargó del mando de las tropas musulmanas. Malec-Ayub, habia sido un príncipe reservado y modesto en sus palabras, incapaz de segundas intenciones, lo que no armoniza mucho con los discursos que Mateo de París ha puesto en su boca.

Al rey de Francia, al principio de su campaña, todo le sonreia, y hacia presagiar favorables éxitos: se hallaba al frente de un ejército floreciente, sostenido por dos Ordenes militares, que además de ser conocedoras y prácticas del país, sabian el modo de guerrear de los infieles: el mar estaba abierto, la embocadura del Nilo libre y espedita, para recibir nuevos socorros, y lo más importante el terror y la consternacion en el campo enemigo. A fines de Octubre se tuvo un consejo de guerra para deliberar

(1) Mat. de Paris en sus apéndices.

la campaña que debia emprenderse, ó sea, si se atacaria Alejandria ó el Cairo. Pedro de Dreux, anciano conde de Bretaña, era de dictámen, dirigir las fuerzas cristianas hácia Alejandria, cuyo puerto serviria de grande utilidad y comodidad para la flota, y desembarque de convoyes. El conde de Artois fué de contrario parecer, abogando por el sitio del Cairo, diciendo que tomada la capital, todas las demás plazas se rendirian á discrecion; prevaleció, por fin, despues de grandes debates, el parecer del príncipe de Artois, de genio vivo, imperioso, y audaz, que nadie podia resistir impunemente.

El Cairo dista de Damietta unas 50 leguas; á mitad del camino se halla la célebre ciudad de Mausourah, donde los infieles estaban atrincheros en las orillas de un brazo del Nilo llamado Thanis.

El 20 de noviembre de 1249, el rey se puso en marcha, por tierra, siguiendo entre los dos brazos del Nilo, (el brazo más oriental se llama el Thanis), mientras la flota remontaba el alto Egipto. Durante las primeras jornadas se sorprendió al enemigo un rebaño de más de 15,000 cabezas de ganado mayor y menor; los Templarios, cuya brigada iba de vanguardia, derrotaron á un cuerpo avanzado, matando á 155 infieles. A medida que avanzaba el ejército y se internaba en Egipto, hallaba menos obstáculos, pero no encontrando víveres de ninguna clase en todos los contornos, el país desierto y abandonado, profunda soledad reinaba en todas partes, y el enemigo retirándose pausadamente; esta tranquilidad, sin embargo, duró poco tiempo, pues á medida que los cristianos se acercaban á Mausourah, tuvieron que sostener escaramuzas, tanto de dia como de noche.

Los ataques violentos se repetian á menudo, y los combates, aunque parciales, no dejaban de causar bajas, y entorpecian tambien la marcha. Algunos dias despues, se presentaron al rey, como desertores, 500 egipcios de caballería, y creyendo de buena fe la palabra de aquellos enemigos, permitió imprudentemente que marchasen en cuerpo de vanguardia con los Templarios, por ser conocedores del país.

Como el único objeto de aquellos fingidos desertores era retardar la marcha del ejército cristiano, guiándole por senderos que los Templarios, con prevencion, no querian seguir, conociendo ya inútil llevar á cabo su intento, empezaron á querellarse con un jefe Templario, derribándole del caballo, con un golpe de mazo, el cual cayó á los piés del mariscal de la Orden. Al ver esta audacia, los escuadrones Templarios se revuelven todos, y como no conocieron jamás el espanto, ni nunca miraron el número de sus enemigos, al grito que dió Fr. Renaldo, Mariscal del Temple, diciendo: ¿Como, caballeros, sufriremos este insulto? á su señal, todos los Templarios, espada en mano, cargan á los traidores, y envueltos por todas partes fueron pasados á cuchillo y los que escaparon de sus golpes se ahogaron en el Thanis, brazo del Nilo.